



Instituto Latinoamericano
de Estudios de la Familia, A.C.



**CENTRO DE ATENCIÓN A LA VIOLENCIA DOMÉSTICA (CAVIDA)
DEL INSTITUTO LATINOAMERICANO DE ESTUDIOS
DE LA FAMILIA, A. C. (ILEF)**

**UNA PARENTALIDAD SIN VIOLENCIA II: PROMOCIÓN DE LA ATENCIÓN DE
NIÑOS, NIÑAS Y ADOLESCENTES COMO HERRAMIENTA PARA EL
TRABAJO TERAPÉUTICO CON SUS PADRES Y MADRES EN SITUACIÓN DE
VIOLENCIA**



Secretaría de
**Desarrollo
Social**



Trabajo desarrollado con el apoyo del Programa de Coinversión de la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno del Distrito Federal, por intermedio de la Dirección General de Igualdad y Diversidad Social

Sistematizado por Analía Castañer, Soren García Ascot, María Maldonado y Adriana Segovia.

El Equipo CAVIDA es coordinado por Ignacio Maldonado y el resto de los integrantes son Guadalupe Arriaga, Laura Díaz Leal, Luis Garibay, Alejandra López, Alberto Mohadeb, Lilia Monroy, Guadalupe Ordaz y Olga Rodríguez

Noviembre, 2010

“Este programa es de carácter público, no es patrocinado ni promovido por partido político alguno y sus recursos provienen de los impuestos que pagan todos los contribuyentes. Está prohibido el uso de este programa con fines políticos, electorales, de lucro y otros distintos a los establecidos. Quien haga uso indebido de los recursos de este programa en el Distrito Federal, será sancionado de acuerdo con la ley aplicable y ante la autoridad competente”.

INDICE

Introducción	4
Conceptos Básicos de referencia	7
Los procesos grupales	10
Génesis de la violencia contra hijos e hijas	19
Sinergia y circularidad de las dinámicas grupales	24
Dificultades para salir de las relaciones de violencia	28
Dificultades en la crianza	33
Intervenciones clínicas clave	
Puntos de inflexión en la reflexión, cambios reportados, relatados y observados	39
Conclusiones	43

**CENTRO DE ATENCIÓN A LA VIOLENCIA DOMÉSTICA (CAVIDA)¹
DEL INSTITUTO LATINOAMERICANO DE ESTUDIOS DE LA FAMILIA, A. C.
(ILEF)**

**UNA PARENTALIDAD SIN VIOLENCIA II: PROMOCIÓN DE LA ATENCIÓN DE
NIÑOS, NIÑAS Y ADOLESCENTES COMO HERRAMIENTA PARA EL
TRABAJO TERAPÉUTICO CON SUS PADRES Y MADRES EN SITUACIÓN DE
VIOLENCIA**

Introducción

El Centro de Atención a la Violencia Doméstica (CAVIDA), del Instituto Latinoamericano de Estudios de la Familia (ILEF), es un grupo de terapeutas familiares que trabaja desde hace 15 años en la atención terapéutica a familias que viven violencia, en un ejercicio recursivo entre el estudio teórico, la atención clínica, la reflexión y la socialización de nuestros hallazgos por medio de publicaciones o bien utilizándolos en la capacitación de agentes sociales.

Como la base principal del trabajo como terapeutas familiares es la experiencia clínica cotidiana, CAVIDA construye propuestas de prevención y modalidades específicas de intervención clínica para la atención a la violencia, y es de allí que se desprende el trabajo que ahora compartimos.

Existe además un precedente. Durante 2009, y también con el apoyo del Programa de Coinversión de la Secretaría de Desarrollo Social del Gobierno del Distrito Federal, el grupo CAVIDA desarrolló la primera parte del proyecto piloto *“Una parentalidad sin violencia”*. El documento que resume esa experiencia antecede y complementa al

¹¹ Este trabajo fue sistematizado por Analía Castañer, Soren García Ascot, María Maldonado y Adriana Segovia. El Coordinador de CAVIDA es Ignacio Maldonado y el resto de los integrantes son: Guadalupe Arriaga, Laura Díaz Leal, Luis Garibay, Alejandra López, Alberto Mohadeb, Lilia Monroy, Guadalupe Ordaz y Olga Elena Rodríguez-

presente documento. Contiene el marco teórico adoptado por el grupo en el trabajo clínico, y el desarrollo de algunas temáticas específicas relacionadas con la violencia familiar, los efectos de la violencia en los miembros de la familia, especialmente en niños y niñas víctimas o testigos de violencia, y las primeras construcciones sobre intervenciones con foco en la parentalidad.

La modalidad terapéutica escogida por el grupo CAVIDA en la actualidad es grupal. Quincenalmente se reúnen un grupo de mujeres, un grupo de hombres, un grupo de parejas y un grupo de padres y madres para trabajar hacia una vida sin violencia (cada semana se alternan dos modalidades grupales). Diferentes miembros del equipo (en la actualidad de 13 terapeutas) fungen como coordinadores u observadores en los diferentes grupos. Los grupos funcionan durante todo el año, y se permite el ingreso de nuevos integrantes cuando se evalúa que ello reporta beneficios a los procesos grupales. Los beneficiarios suelen participar en más de una modalidad terapéutica.

Luego de cada sesión grupal, el equipo completo se reúne en sesiones de tres horas para retroalimentar información sobre la experiencia clínica en los diferentes grupos, delinear los objetivos terapéuticos de cada uno, evaluar avances y dificultades en la terapia de los pacientes que participan en los grupos, y sistematizar las reflexiones y herramientas terapéuticas que se consideran útiles.

Hemos llevado a cabo grupos con los hijos e hijas de los miembros del grupo. Se conforman grupos de niños y niñas entre 6 y 12 años, grupos de púberes entre 12 y 15, y de adolescentes entre 16 y 20 años. Los grupos de hijos e hijas han tenido una duración limitada (en promedio de diez sesiones).

En numerosas ocasiones se detecta la necesidad de ofrecer sesiones individuales a los miembros de las familias para tratar temáticas en las que el proceso grupal no tiene una injerencia primordial, o en situaciones en las que se evalúan como de riesgo por la vulnerabilidad en la que deja a alguno de los miembros de las familias frente a la violencia. Es posible que también se lleven a cabo sesiones familiares, de parejas o de una parte de la familia (los hermanos, madre e hija, por ejemplo). Las sesiones se

desarrollan a la par que el trabajo terapéutico grupal, por lo cual, quienes reciben sesiones individuales no interrumpen su participación en el grupo. Con frecuencia se alienta a que los temas que trabajan los miembros en terapias individuales, sean llevados a los grupos.

La información proveniente de los diversos grupos y sesiones ofrece un terreno fértil para la construcción de intervenciones específicas a la hora de la intervención terapéutica con situaciones de violencia en general, aunque en este trabajo nos centraremos en la parentalidad como tema y elemento para propiciar el cambio en la terapia de estas familias.

Nos ha parecido pertinente no detenernos en la descripción de las teorías sobre procesos grupales y violencia (aunque aparecen referentes bibliográficos especializados en la materia para consultas más específicas), sino explayarnos en las temáticas observadas en la experiencia concreta del proyecto, centrándonos especialmente en las sesiones terapéuticas con padres y madres.

Describiremos entonces los procesos que hemos visto desarrollarse alrededor del tema, algunas ideas sobre la génesis de la violencia en las familias atendidas, las principales dificultades para salir de las situaciones de violencia en las que los padres y madres atendidos quedan atrapados, algunas dificultades específicas de la situación de crianza que propician o mantienen la violencia en las familias, y por último las intervenciones más importantes y los puntos de inflexión o cambio que nos han resultado útiles.

Es nuestra intención amplificar la voz de los protagonistas: los obstáculos, los dolores, las dudas, las aparentes contradicciones, las historias que se filtran desde generaciones atrás, etc. Se describen elementos extraídos de casos concretos, que sin embargo no descartan la noción de complejidad de realidades, sino que por el contrario, definen los nudos problemáticos que hay que enfrentar, y que se enlazan entre sí conformando una red compleja.

Conceptos básicos de referencia

El marco teórico que sustenta nuestro trabajo grupal fue planteado en el informe del año pasado y es el que ha dado forma a los grupos terapéuticos de CAVIDA. El trabajo realizado este año, enfocado en la parentalidad, utiliza el mismo encuadre terapéutico y la misma metodología que los grupos anteriores.

Principales formas de violencia hacia los hijos

Dentro de los aspectos psicoeducativos que nos interesa trabajar en la parentalidad, partimos del reconocimiento de las diez principales formas de violencia hacia los hijos, a saber:

1) Agresiones físicas: golpes, jalones; 2) Abuso sexual; 3) Castigos físicos, encerrar, amarrar; 4) Violencia verbal: insultos, amenazas, comparaciones, etiquetas, chantajes, gritos, descalificaciones, amedrentar; 5) Ignorar, dejar de hablar; 5) Negligencia: no hacerse cargo de sus necesidades básicas físicas y emocionales; abandono; 6) Poner al niño en un lugar que no le corresponde: usar, no considerar la edad del niño y sus capacidades; 7) Ponerlo física y emocionalmente en medio de los padres, poner las necesidades del adulto por encima de las del niño; 8) Mentir, engañar, no dar explicaciones, invalidar sus percepciones o sentimientos, culpar; 9) Manipular a partir del conflicto de lealtades: hablar mal del otro padre, de la familia de origen, de los amigos o cualquier otro que el niño aprecie, buscando su confirmación, estar conmigo y estar en contra del otro; 10) No aceptar o reconocer o negar lo que el hijo es (su identidad sexual, homosexualidad, preferencias).

Para el trabajo con los padres en el taller de “Sólo cuando grito me oyen” y en el seguimiento de las sesiones grupales, discutimos mucho sobre temas relacionados con límites, disciplina y sobre todo formas de comunicación con los hijos en las que no se dañara su autoestima ni estuviera en juego el vínculo amoroso.

Modelar

El primer punto que buscamos transmitirles a los padres es la importancia de tomar conciencia de que ellos, con sus actitudes, están modelando conductas que sus hijos pueden repetir; que valores como el respeto, aceptar errores o pedir disculpas más, que ser transmitidos desde el discurso, son transmitidos e incorporados en nuestras acciones y relaciones interpersonales. Muchos padres se preguntan el porqué de ciertos comportamientos de sus hijos sin darse cuenta de que son ellos quienes se comportan de forma irrespetuosa, violenta o agresiva como modelos.

Enojo

El tema del enojo abarca mucho espacio en las relaciones entre padres e hijos y en la idea generalizada de que éste justifica la agresión. Tanto en los talleres como en los grupos buscamos revisar las ideas preconcebidas acerca del enojo. Que los padres revisen si aprendieron a expresarlo de forma libre y abierta o si a la fecha se sienten culpables por sentirlo y por expresarlo, razón por la que lo esconden y tapan hasta que se desborda y se manifiesta de forma violenta hacia otros. Es importante que los padres acepten el hecho de que algunas veces se enojarán con los hijos y que si ante estas situaciones logran expresar el enojo sin herirlos ni dañarlos, estarán mostrando a sus hijos formas aceptables de expresar su propio enojo. El enojo entonces puede entenderse como una emoción humana más, válida, pero que no justifica modos violentos de expresarse.

Validar las emociones

Por esta razón nos es muy importante la propuesta de validar las emociones, tanto de los hijos como las propias. Es común que en nuestra cultura los padres nieguen muchas de las percepciones y emociones de sus hijos, situación que puede confundirlos y hacer que no confíen en sus propios sentimientos; además de hacerlos sentir no considerados, vistos o tomados en cuenta.

Las palabras pueden generar mucho dolor emocional y hemos trabajado que los padres aprendan a responder a sus hijos con respeto.

Hacemos énfasis en que como padres también tienen derecho a expresar lo que sienten, con el único limitante de no atacar la personalidad del niño ni su carácter. (no etiquetar ni insultar). Esta distinción hace una gran diferencia, ya que al hacerse responsables los padres de eso y al buscar formas distintas de manifestar sus desacuerdos, señalan al niño formas aceptables para manifestar su propio enojo que incluyan respeto y seguridad.

Asimismo ha sido importante transmitir a los padres la posibilidad de contactar con las emociones de sus hijos, aceptándolas y ayudándoles a nombrarlas porque es un gran consuelo para el niño descubrir que sus sentimientos son una parte natural de la experiencia del ser humano. De alguna forma al validarlos les transmitimos que todos los sentimientos son legítimos: los positivos, los negativos y los ambivalentes y les damos recursos para que puedan no solo conocer sino manejar esos sentimientos.

Etiquetar

Una de las formas de violencia que tiene un gran peso pero que no se percibe muchas veces como tal es el nombrar a los hijos con etiquetas que los predisponen y encasillan en una forma limitada de su identidad. Reiteramos que las palabras son muy poderosas y muchas veces perdemos la conciencia del peso que pueden llegar a tener los apodosos o adjetivos que usamos para nombrar o definir el carácter o un rasgo de nuestros hijos. Una etiqueta señala solamente un aspecto, pero las personas tenemos más de un aspecto y somos cambiantes. Y lo que sugerimos a los padres una vez que han identificado las etiquetas que usan con sus hijos es que puedan ayudarles a descubrir nuevos aspectos de sus hijos, señalando, modelando, hablando con otros sobre ellos y que alcancen a escuchar, o bien enfatizando los aspectos positivos. Estamos convencidos de que la crítica lleva a la culpa y a una autoimagen negativa e inseguridad, en cambio la orientación abre oportunidades

Límites

Un tema bastante amplio y que les preocupa por lo general a la mayoría de los padres es el de saber fijar límites, y para hacerlo recurren en general a patrones negativos en

las relaciones con los niños que tienen el objetivo de disciplinar, pero que generan otras conductas negativas y más tensión. Algunos de ellos son: culpar, acusar, usar calificativos, amenazar, dar órdenes, sermonear, comparar, premiar, prometer, chantajear, usar el sarcasmo, usar profecías catastróficas, De este modo los padres se convierten en sus enemigos obligándolos siempre a hacer cosas que no quieren hacer, desde una actitud polarizada de “haré lo que quiera” vs. “harás lo que yo diga”, y generalmente los padres se sienten cansados o desgastados por la energía y el tiempo que invierten en esta lucha de poder.

Buscamos explorar y proponer alternativas efectivas al castigo y a esas formas de disciplinar que lastiman, ya que, como mencionamos anteriormente, consideramos que para disciplinar no debemos dañar el bienestar emocional de nuestros hijos y cuando castigamos generamos rabia (lugar desde el cual es difícil escuchar). Es por eso que nos parece importante hacer la distinción de que los límites se fijan en los actos y no en los sentimientos o pensamientos.

Violencia física

En cuanto al tema de la violencia física y los golpes, pellizcos, manazos o cualquier otra agresión de ese tipo a un niño, consideramos que cuando los padres recurren a estos métodos, muestran a sus hijos métodos indeseados para lidiar con la frustración. Además, uno de los peores efectos secundarios de los golpes es que puede interferir con el desarrollo del proceso de conciencia del niño. Libera la culpa muy rápido, pues sienten que pagaron su cuota y se sienten libres de repetirla. Es por eso que muchos padres que reprimen de esa forma a sus hijos reportan que sienten que deja de ser efectivo y en cambio tiene otros efectos en el vínculo.

Los procesos grupales

Como se mencionó, el formato de trabajo actual del grupo CAVIDA consiste en el trabajo clínico con diversos grupos. Con frecuencia, los miembros de las familias asisten a uno o más grupos: hombres, mujeres, parejas, padres/madres, niños. Cada

grupo propicia la reflexión en temáticas particulares y la participación en diferentes grupos, así como la atención en diferentes niveles, acompañada de nuestra reflexión permanente sobre los procesos en conjunto, imprimen una especial y productiva sinergia en los movimientos y el cambio personal y familiar.

Este trabajo se centra primordialmente en lo observado en los grupos de padres y madres. Sin embargo, se retroalimenta y enriquece de observaciones recogidas en el grupo de niños y niñas. Muchas de las intervenciones terapéuticas construidas se basan en la observación de los efectos de la violencia vivida por los hijos e hijas, volcada a la reflexión en el grupo de padres y madres.

Desde que se gestó la idea de crear un espacio específico para dar voz a los hijos e hijas que han vivido violencia, sondeamos opiniones en los miembros de los grupos de hombres y mujeres. En el grupo de hombres, T. manifestó con énfasis *“qué falta me hubiera hecho a mí cuando era niño tener un espacio así”*. Por su parte, C. consideró que la idea era muy importante *“porque en general, como hombres nos centramos en tratar de convencernos y convencer a los demás de lo malas e incomprensivas que son nuestras esposas, y estamos ciegos a lo que es nuestra responsabilidad con la violencia... creo que con los hijos nos pasa lo mismo”*.

En el grupo de mujeres, la reacción ante la idea fue de alivio y entusiasmo. Aparecieron inquietudes como *“la desesperación y el enojo que hace que una se desquite con los hijos”*, *“es horrible no saber qué hacer y no poder hablar con nadie sin sentirse una mala madre”*.

Otras expectativas que aparecían a lo largo del desarrollo de grupos eran *“tener un espacio para hablar sólo de las preocupaciones con los hijos”*, *“informarse, porque la mayoría de las veces uno no sabe cómo hacer”*. Varias personas mencionaron *“pensar, reflexionar”* como objetivo de estar en el grupo.

Todos ellos anhelan una crianza saludable para sus hijos, y al mismo tiempo se sienten impotentes al *“no saber qué hacer”*, *“cómo resolver”*. Perciben una diferencia entre lo

que desean y las acciones que en el presente llevan a cabo en la crianza de sus hijos. Viven también el hecho de que muchas otras dificultades y preocupaciones se interponen entre su anhelo y la realidad. Las prioridades respecto de la crianza saludable de los hijos parece “difuminarse” en contextos de violencia, antes parece haber “muchas otras cosas que atender”.

Habiendo observado esto, desde el punto de vista del equipo terapéutico las expectativas sobre el grupo de padres y madres tenían que ver con:

Dar foco a los efectos de la violencia ejercida sobre los hijos e hijas

En repetidas ocasiones el desarrollo de los grupos de hombres y mujeres incluía preguntas del tipo “*y qué crees que sintió tu hijo/a cuando...*” o “*y qué hizo tu hijo cuando vio que...*”, mismas que llevaban a sus miembros a reflexiones como “*me doy cuenta que le hago daño, pero no sé qué hacer, siento que no lo puedo evitar...*”, “*he pensado tantas veces que no quiero que viva lo mismo que yo viví, y ahora me doy cuenta que estoy haciendo exactamente lo mismo que me hacían a mí*”.

Revisitar las historias infantiles de violencia de los padres y madres

Las observaciones de las dificultades en el tema de la crianza sin violencia nos hacían pensar una y otra vez en “puntos ciegos” en la percepción de los hombres y mujeres de los grupos, que a la vez nos remitían a pensar en las propias experiencias de violencia en la infancia que probablemente nunca habían tenido oportunidad de abrir en un contexto seguro.

Trasladar a los hombres y mujeres a las historias de violencia sufridas en su propia infancia se vislumbraba como elemento esencial para la construcción de empatía hacia el dolor que causaba la violencia en sus vínculos actuales.

Algunas reflexiones de hombres y mujeres nos permitieron corroborar esta idea. J. reflexionó en un grupo de mujeres que “*los padres tenemos problemas con nuestros hijos por dificultades propias*”. Resultó útil continuar hilando reflexiones en el grupo

alrededor de esta idea, sumando las propias vivencias de los miembros durante su infancia.

La existencia simultánea de los grupos de hombres, de mujeres y de parentalidad tiene un efecto recursivo sobre este punto. Se hacen evidentes algunos de los efectos de la violencia en el grupo de parentalidad (al reflexionar sobre los efectos en los hijos e hijas), y se continúa el trabajo en el grupo de hombres o de mujeres. Se suma un espacio para hablar y repensar los propios conflictos, que están afectando a los hijos e hijas, pero que requieren un espacio específico para ser tratados.

C. incluso reflexionó sobre algunas ideas vinculadas al contexto en cual ellos crecieron y el contexto en el que están creciendo sus hijos. Manifestó que *“lo que en aquel momento era educar, hoy no aplica... la realidad es diferente, y no se puede ser padre con los mismos parámetros que tenían nuestros padres”*. El grupo ha mostrado ser un lugar de contención muy significativo a este respecto. No hay recetas hoy para ser “buenos padres”, y nos encontramos en un periodo de transición, que requiere la construcción de la paternidad y maternidad con otros valores y otras herramientas.

Diferenciar y separar los conflictos que no tienen que ver con los hijos e hijas

Volviendo a la observación mencionada de que con frecuencia los problemas y conflictos no resueltos por los padres y madres generan frustraciones y puntos ciegos que se “desahogan” con los hijos, es posible decir que la metodología utilizada permite que, de manera simbólica, los problemas que no tienen que ver con los hijos, se traten justamente en espacios personales.

J. reflexionó en un grupo de padres y madres cuánto le sirvió darse cuenta de lo importante que era *“ubicar para quién es el enojo... si puedo detenerme y pensar. ¿con quién estoy enojada?, me doy cuenta que no es con mis hijos, entonces ¿por qué tengo que cargarlos a ellos con eso? Me di cuenta que no, que [tengo que pensar] la violencia y el enojo a quién le pertenece”*. U. continuó la reflexión agregando *“me di cuenta de que le pongo a mi hijo la cara del cliente que me frustró en el trabajo, o de mi marido*

que me dejó, o del señor que me maltrató en la calle... y pues no, todo eso tengo que dejarlo afuera, porque es una mochila que no le toca cargar a mi hijo”.

Aportar a los hijos e hijas un contexto seguro donde hablar de la violencia

Nos quedaba clara la necesidad de conocer de “primera mano” los efectos que la violencia causaba en la vida de los hijos e hijas de los miembros de los grupos. Anticipábamos también el efecto terapéutico que el hecho de contar con un espacio seguro donde hablar de esos sentimientos podría aportar a esos niños y niñas.

Teníamos clara también la dificultad técnica que implica abrir temas cuando entre los miembros de la familia presentes en la terapia existen marcadas diferencias de poder. Así como no es recomendable un contexto de terapia de pareja cuando existen episodios de agresión, sin aceptación de la responsabilidad de quien ejerce la violencia y sin la intención de detenerla, incorporando una visión más equitativa y pacífica de relacionarse con el otro, es igualmente peligroso promover que los niños digan a sus padres lo que sienten y les molesta, sin que éstos estén preparados y en la disposición de escuchar y responsabilizarse de los cambios necesarios para detener la violencia.

Si el contexto terapéutico no contempla estas situaciones, las consecuencias al salir de la terapia son reclamos, reproches, sentimientos de “traición” y “humillación”, y escaladas de violencia.

En el caso de los niños, una intervención de este tipo podría, en otro escenario posible, crear un silenciamiento prolongado o incluso perpetuo si los resultados del develamiento resultan preocupantes y dolorosos.

En el marco del modelo de trabajo de CAVIDA, la expectativa era recoger las experiencias para transmitir las luego a los padres y madres en los momentos y mediante las técnicas necesarias para que pudieran ser asimiladas. Los adultos, además, recibirían la información sobre sus hijos e hijas en un contexto protegido en el que podrían recibir de sus compañeros de grupo (también padres y madres en proceso de erradicar sus conductas violentas) el eco de sentimientos, temores y frustraciones

compartidas necesario tanto para enfatizar la necesidad de cambio como para confirmar la posibilidad de lograrlo.

En este modelo de trabajo, un requisito implícito consistió en que al menos uno de los progenitores (en algunos casos, ambos) hubieran comenzado ya el trabajo terapéutico para detener la violencia familiar. Se abordará nuevamente este punto más adelante.

Romper la repetición transgeneracional de la violencia

Ha sido ampliamente documentada la cadena de violencia que se genera de generación en generación, vinculada estrechamente con los desequilibrios de poder: quien tiene más poder (en esta sociedad el hombre/padre/mayor) desahoga sus frustraciones y dolores, muchas veces aumentados por el contexto exterior, con la mujer; y la mujer, lo hace con los hijos.

En el modelo de trabajo de CAVIDA, los eslabones de esta cadena se separan y tratan individualmente, para luego volver a conectarlos en una nueva cadena, pero ahora de acciones para parar la violencia. De reflexiones que pueden amplificarse y reforzarse en los diferentes grupos. De percepciones sobre los efectos de la propia violencia que reciben eco en las vivencias parecidas de los demás miembros, y que permiten moverse de manera más firme y decidida hacia el cambio, aunque la firmeza esté sostenida en pasos pequeños, con recaídas y avances.

Para romper la repetición transgeneracional de la violencia cobra esencial importancia un aspecto ya mencionado: la necesidad de conectar con la propia infancia para hacer consciente la repetición de patrones violentos.

Nos resultó esclarecedor, al abrir el tema en los grupos de padres y madres, saber que *todos* los miembros de los grupos (tanto hombres como mujeres) fueron víctimas de violencias en su infancia. Algunos miembros mencionaron haber recibido violencia física, y la totalidad aceptaron la violencia psicológica que se ejerció contra ellos. En la vivencia subjetiva de dolor e impotencia no aparecieron diferencias entre la victimización por violencia física o psicológica.

Lo que sí pudo observarse con facilidad, fue el hecho de que, en general, las situaciones violentas vividas tienden a reprimirse, a esconderse como mecanismo de defensa psicológico (involuntario), que permite al aparato psíquico disminuir la angustia que provoca mantener el evento en la conciencia. Se transforman así en puntos ciegos de quienes, ahora como adultos, no logran “conectar” con el dolor de los hijos, justamente porque hacerlo desataría el dolor reprimido en la propia infancia.

Durante el desarrollo de los grupos se hizo evidente además la importancia de que los miembros del grupo de padres y madres hayan transitado antes un proceso terapéutico. Solo los padres y madres que ya habían trabajado su propia violencia y asumido la responsabilidad personal por la misma, pueden descentrarse del propio dolor y frustración para conectarse con lo que su hijo o hija requieren (considerado este como paso esencial para el logro de los movimientos hacia el trato pacífico).

Cabe mencionar que éste constituye un punto de inflexión esencial para hablar de avances en la terapia. La posibilidad de conectar con el dolor (el propio y el que ahora causan en los hijos e hijas), soportarlo e iniciar acciones de protección (no repetir los dolores que ellos mismos ya vivieron) constituye un movimiento reparatorio que tiene repercusiones que benefician tanto a los padres y madres, como a sus hijos.

J. cuenta cómo recordó en el grupo de hombres el terror que sentía ante las golpizas que recibía de su tío. Luego de eso, platicó con su pequeña de cuatro años, diciéndole textualmente *“yo te doy permiso para que tú me digas lo que sientes”*. La niña le dijo *“te tengo miedo”*. Fue para J. un momento en el que certificó la repetición de la violencia de una generación a otra, y decidió desde lo más profundo de sí, parar la violencia en casa.

Cabe aclarar que la sola convicción, sustentada en la propia violencia, no basta para que los circuitos que mantienen y provocan la violencia se cancelen por completo. Sin embargo, es un paso sólido hacia la construcción de una convivencia sin violencia, que puede nutrirse y ampliarse con nuevas reflexiones.

Hay además una nota esperanzadora en las reflexiones de algunos pacientes. G. expresó en un grupo de padres y madres:

“yo llevo casi tres años en CAVIDA, y siempre encuentro alguna otra cosa que mejorar... también sigo encontrando cosas que no me salen, que son difíciles de quitar por completo, pero lo que pienso es que tal vez yo no logre nunca dejar la violencia por completo. Pero aunque así fuera, he cambiado muchas cosas y mis hijos lo han visto. Lo que espero es dejarles una semilla, para que sean ellos, la siguiente generación, la que logre el cambio total, así como yo logré cambiar algunas cosas de las que yo viví...”.

De la educación como problema centrado en que el hijo cambie, a la complejidad del cambio personal

Hemos podido observar que los padres y madres que han trabajado en los grupos de CAVIDA y ha logrado asumir la propia responsabilidad por su violencia, se colocan más fácilmente en una postura en la que ellos tienen que construir un contexto de educación no violenta para sus hijos e hijas. Concluimos de estas observaciones que el trabajo en los grupos de hombres y mujeres para asumir la responsabilidad por la propia violencia, así como percibir que son quienes ejercen la violencia los únicos responsables de la misma, tiene un efecto que se generaliza también al momento de abordar las temáticas de crianza.

En la otra cara de la moneda, las personas que no han alcanzado aún en su proceso a asumir la propia responsabilidad por la violencia, se colocan en una postura en la que buscan obtener del grupo las herramientas para hacer que sus hijos *hagan lo que quieren que hagan*.

En este segundo escenario, los padres y madres llegan al grupo a relatar los problemas que dan los hijos (es decir, el problema lo tienen los hijos), y ocupan la mayor parte del tiempo en contar y explicar estos puntos, con pocas capacidades de escuchar y reflexionar.

Entre los padres y madres que encontramos situados en esta última postura existe una amplia gama de situaciones. Encontramos a padres y madres que viven en permanente angustia, personas con rasgos limítrofes de personalidad, con ansiedad desbordante, inestabilidad emocional y poca capacidad de reflexión; personas que cargan con duelos congelados, no resueltos, a las que no les resulta sencillo hablar sobre emociones (y mucho menos contenerlas); personas con rasgos depresivos, que permanecen más centradas en su propia situación emocional dolorosa que en las necesidades emocionales de sus hijos. En todos estos ejemplos, la dinámica relacional con los hijos se teje alrededor de la dificultad del adulto para conectarse con las emociones de los hijos, nombrarlas y contenerlas, así como para percibir cuáles son las necesidades emocionales infantiles y satisfacerlas.

Encontramos también perfiles que generan dilemas mayores respecto a la posibilidad de éxito en la terapia. Se trata de padres y madres que se muestran excesivamente defensivos; que escuchan de boca de los terapeutas el terror y dolor que sufren sus hijos al recibir maltrato de su parte, y no parecen impactarse por el daño que su violencia ha provocado en sus hijos e hijas. Es necesario en estos escenarios afinar la lente diagnóstica sobre rasgos sociopáticos de personalidad, rasgos narcisistas o trastornos vinculados con las emociones, como la alexitimia. Estos ejemplos muestran situaciones emocionales en las que puede existir una franca imposibilidad de descentrarse de lo propio, empatizar con el dolor del otro y modificar las propias acciones para no dañar a los hijos e hijas.

Des-responsabilizar a los hijos de la violencia de los padres

Es conocido el efecto por el cual los hijos, por lo general, tienden a explicarse las situaciones de violencia entre sus padres como algo que, de algún modo, ellos provocaron. También son conocidas las dinámicas familiares por las que los hijos se vuelven protectores de alguno de los progenitores (el que perciben como más débil en la disputa de pareja), conciliadores, cuidadores de los hermanos menores, etc. Todas estas dinámicas tienen graves consecuencias para el desarrollo psicoemocional de los hijos.

La dinámica de los grupos de CAVIDA, en sí misma, favorece la transmisión de la idea a los hijos e hijas de que no son responsables de la violencia de los padres. Durante las sesiones con los niños y niñas se explicita que sus padres y madres de asisten al mismo tiempo a grupos con otras personas que ejercen violencia. Pudimos apreciar que pueden descansar en la idea de que sus padres y madres asisten a grupos con otros adultos que les apoyan en la tarea de controlar su violencia. Esto parece, de manera concreta y directa, “moverlos” del lugar de tener algo que ver en la erradicación de la violencia, lugar que a todas luces representa un conflicto imposible de resolver con los medios que los hijos tienen y el lugar que ocupan en las dinámicas de violencia.

Génesis de la violencia contra hijos e hijas

A partir de la dinámica de los grupos mencionada arriba, nos abocaremos ahora en los temas que, desde nuestra perspectiva, aumentan el riesgo de que se desaten episodios de violencia en la familia, o de que las dinámicas violentas se perpetúen de una generación a otra. Todos ellos se circunscriben a las dinámicas observadas y a la construcción de la parentalidad como elemento central dentro de la complejidad de las familias que viven violencia.

Temor a la pérdida de autoridad

Muchos padres y madres encuentran difícil moverse de la concepción aprendida de “autoridad” en su infancia. Nos referimos a aquella vinculada con el autoritarismo (se hace lo que dicen los mayores, sin posibilidad de cuestionamiento), no es posible rebelarse ni contestar (so pena de recibir castigos físicos que mantenían a la infancia en permanente terror), el adulto siempre tiene la razón (sabe qué se debe hacer y qué no, y debe hacerla cumplir).

Esta concepción ha dejado de estar vigente. Por una parte, porque legitima la violencia y la no consideración de los derechos del otro (sea niño, mujer, subordinado, etc.) y por otra, porque los cambios sociales, tecnológicos, incluso culturales son de tal envergadura que no es posible intentar sostener certezas. En generaciones anteriores,

los padres y madres siempre sabían. Hoy, los jóvenes e incluso los niños “saben” más que ellos en cuestiones tecnológicas, por ejemplo.

Esta nueva realidad atrapa a los padres y madres en una concepción de “todo o nada”. Una idea común es que si no se es “autoridad” (entendida desde la concepción tradicional), entonces no se es nada. Los hijos necesitan educación/autoridad, porque si no, tal como explica M. *“se nos suben a la cabeza, no respetan y ahí empiezan los problemas”*. La concepción de “todo o nada” no deja lugar a opciones, y en tanto la autoridad aprendida en generaciones anteriores ya no aplica hoy, aparece la frustración, el desasosiego y la percepción de sí mismos como incompetentes, o la percepción de la conducta de los hijos e hijas como faltas de respeto intencionalmente dirigidas.

Es entonces cuando intentan sostener una imagen de fortaleza/autoridad desde el lugar de “saber qué hacer”, y un discurso aprendido al que se aferran defensivamente, que constituye un círculo vicioso, ya que al no lograr lo que se espera que “debe” lograrse, tanto de la propia acción como de la respuesta de los hijos, la impotencia fácilmente gatilla la violencia (sea ésta golpe, insulto o imposición).

En una sesión del grupo de padres, M. tomó gran parte de la sesión para contar el enojo que le provocaba que su hija para todo siempre decía que “no”, antes de pensar. Estaba convencida de que eso era algo malo en el carácter de su hija, y quería ideas para quitárselo. Con las intervenciones del resto del grupo, comenzó a quedar claro que muchos niños a la edad de su hija tendían a hacer eso, y que el enojo que le provocaba a ella escucharlo venía de su infancia: su madre era muy desconfirmadora y a todo lo que ella decía o pedía, le respondía que no.

Desconectando y reconectando con el pasado

El enojo, la impotencia, el dolor, potencian las reacciones impulsivas, violentas, poco empáticas. Son los puntos ciegos de los que se hablaba al inicio de este apartado. No dejan ver opciones, se repiten patrones y vivencias “en automático”, justo porque son los temas más dolorosos, que no se han resuelto en el lugar y momento apropiados.

En términos metafóricos, hay algo que dispara la vivencia pasada, sufrida por los padres y madres en su infancia, que al mismo tiempo echa a correr una película que creen conocer, pero que está descontextualizada. Esa vivencia, esos hechos, sucedían antes, y puede ser que el contenido de lo que sucede ahora se le parece, pero la situación no puede ser la misma. Ellos son otros padres y madres, y sus hijos son otros hijos e hijas, y el contexto es otro. Si se centran en las soluciones desactualizadas, interpretando que siguen vigentes, el resultado seguro es la impotencia y la reacción violenta. El circuito puede repetirse una y otra vez.

J. reflexionó sobre cómo romper esos círculos durante una sesión del grupo de parentalidad:

“cada vez que mi hijo se rebelaba o decía que no, lo entendía como que se pitorreaba de mí, y reaccionaba violentamente, con insultos y desesperación, convencida de que estaba bien hacer eso, que necesitaba límites, que tenía yo que poner orden. Hoy entiendo que los límites son otra cosa, son para cuidar... y entiendo también que rebelarse es algo que tienen que hacer. Además, hay una parte de mí que ve su rebeldía ahora como algo bueno, como algo que yo he podido lograr con él, porque yo recuerdo el terror que yo tenía de abrir la boca frente a mi mamá, el horror de que me maltratara física o verbalmente, y puedo ver ahora que mi hijo no sufre eso. Lo demás, los límites y cómo ser autoridad, lo tengo que construir yo, pero va a ser algo diferente a la ‘autoridad’ que mi mamá ejercía conmigo”.

Existen situaciones que se desarrollan en el presente, en las interacciones con los hijos e hijas, que se “conectan” de manera tan directa con los dolores de la infancia de los padres y madres, que no pueden más que desatar reacciones de enojo desproporcionadas, que se alimentan de todas las emociones acumuladas a lo largo de los años.

M. por ejemplo menciona en los grupos que no soporta que su hija para todo responda que “no”. Esto la enoja de manera inmediata, e intenta encontrar modos de que su

hija *nunca* se vuelva a dirigir a ella de ese modo, que le parece inaceptable. En el grupo conectó vivencias de su infancia en las que su madre, altamente desconfirmadora, le respondía a ella con “no” sistemáticos, recordando el profundo dolor que ello le provocaba y cuánto le ha costado sobreponerse a las ideas que construyó sobre sí misma en ese contexto infantil. Ante la reactivación de dolores infantiles profundos, es más fácil explotar y rechazar la emoción que contener al otro que sufre ahora.

Desconexión y falta de mirada

Existen situaciones en las que la violencia que se activa no es propiamente una “explosión” de enojo, sino una imposibilidad de conexión emocional y/o física con los hijos e hijas. V. cuenta cómo su hija menor, muy afectuosa y necesitada de contacto físico le pide que la abrace y apapache, y ella no puede tolerarlo. Lo asocia con la ausencia de cariño por parte de su propia madre.

Otros efectos tienen que ver con violencia emocional, sensación de desamparo, soledad, abandono. Padres y madres que no vivieron cuidados y cariño en su infancia, que no fueron “vistos” por un adulto significativo en los años infantiles de mayor vulnerabilidad y desprotección, probablemente encontrarán dificultades a la hora de enfrentar estas necesidades en sus hijos e hijas. El círculo nocivo de esta dinámica es que muchas veces, como ya mencionamos, se transforman en puntos ciegos. Si no vivieron cariño y cuidado en la infancia, es posible que no puedan percibir ahora que sus hijos tienen esa necesidad. El círculo de violencia se repite y perpetúa.

Han sido ya ampliamente estudiadas en el ámbito de la terapia familiar sistémica las dinámicas que propician que un niño que no es “mirado” construya una imagen de sí vinculada con la idea de que “algo tiene” que lo hace insuficiente y justifica que sus padres no lo aprecien. Con mucha frecuencia, la dinámica familiar construye a este niño como “el problema” de la familia. El rol que el niño ocupa para llamar la atención dentro de la familia es desarrollar problemas de conducta, rebelarse sistemáticamente contra los padres, exponerse a riesgos para ser rescatado, etc. La “mala conducta” del hijo propicia reacciones violentas de los padres y madres. Para la dinámica psicológica

del hijo, la reprimenda es un modo de atender, menos doloroso que no ser visto, sin embargo perpetúa y justifica las conductas violentas.

Hemos percibido otra modalidad de vínculo que termina en violencia. Se trata de madres que no fueron miradas por sus propias madres, y que al tener un hijo, éste se vuelve algo excesivamente perseguido y anhelado. La dinámica lleva a que el hijo, haga lo que haga, no alcance a cubrir las altas expectativas que la madre tiene (para considerarse ella una buena madre). La dinámica sobreexige a ambas partes, agota, y propicia la desesperación y la violencia.

Madres que han sufrido abuso sexual

Otro punto ciego que se manifiesta claramente en situaciones de negligencia es el que atraviesan las madres que han sido víctimas de violencia sexual en su infancia. Algunas dinámicas se construyen alrededor de la negación total de que algo como eso pudiera suceder. Puede desembocar en la exposición de los propios hijos a situaciones de riesgo, y propiciar que se repitan los abusos. Otra dinámica es aquella en la que las madres se vuelcan tanto a la protección de las hijas (para concebirse como cuidadoras), que tampoco pueden ver que aun cuando hayan tomado todas las precauciones posibles, es posible que un hecho así ocurra. La confianza en que “yo sí estoy cuidándolas, no como mi propia madre, que no me creyó”, puede propiciar que no se perciban situaciones de agresión sexual en la propia casa, por ejemplo.

La idea de que los hijos están “fuera” del conflicto

Muchos padres y madres suponen que los hijos están “protegidos” de la violencia, porque no han recibido violencia física directa. Les falta información sobre los efectos que tiene para los niños y niñas ser testigo de la violencia entre los padres, ver cómo castigan o golpean a un ser querido (sea la madre u otro hermano), anticipar que podrían ser ellos los que reciban la violencia en el futuro y vivir sumidos en la angustia y preocupación, o construir mecanismos para sobrevivir que los obligan a pasar desapercibidos, no molestar, ser complacientes con los demás, a riesgo de no crecer y no aprender a defenderse, o por el contrario, aprender a canalizar la angustia y frustración volviéndose ellos mismos agresores de otros.

Los padres y madres que se convencen de que los hijos están “fuera” de la violencia, no consideran necesario, o incluso consideran contraproducente, hablar sobre la violencia.

A. comentó durante una sesión con los padres y madres de los niños que asistían a los grupos:

“Cuando nos preguntaron si queríamos que nuestros hijos participaran del grupo, yo primero pensé que no, que no era buena idea que mi hijo viniera a enterarse de cosas violentas aquí. Yo pensaba que él, por ser niño y porque nunca le pegué a él, no sabía nada de eso, que era como ‘inocente’ y que venir a hablar sería negativo para él... Ahora entiendo que era testigo, y que lo estábamos perjudicando, y que necesitan hablar de lo que pasa. No podemos hacer como que no pasa nada”.

Durante las sesiones del grupo de niños y niñas, el hijo de A. fue el que más escenas de violencia describió, manifestando mientras lo hacía altos niveles de angustia y temor. Y fue también uno de los que mayores beneficios obtuvo de la dinámica del grupo.

Haciendo un ejercicio de proyección, si este niño no hubiera estado incluido en el trabajo terapéutico y la modificación de concepciones aprendidas sobre la violencia, hubiera seguramente transmitido la cadena de violencia del mismo modo que sus padres la reprodujeron.

Sinergia y circularidad de las dinámicas grupales

La metodología de trabajo de CAVIDA está orientada y definida esencialmente por la terapia sistémica. Ésta permite percibir fenómenos complejos, intervenir en diferentes elementos del problema –subsistemas- y obtener resultados que constituyen una totalidad que representa mucho más que la suma de los elementos e intervenciones.

Las intervenciones con problemáticas tan complejas como la violencia, no pueden entenderse como susceptibles a miradas e intervenciones lineales, en las que pudiera pretenderse que una acción A provoque indefectiblemente una reacción B. En las diversas intervenciones, en diversos grupos y con diferentes miembros del sistema, hemos podido observar que los efectos y cambios siguen un curso circular, semejando una “espiral ascendente” que permite un ir y venir, avance y retroceso, dentro de un proceso hacia el cambio. Los resultados finales, como se mencionó arriba, representan un efecto mucho más abarcativo de lo que cualquier intervención individual/lineal podría obtener. Por ejemplo:

Hablar de los sentimientos

En el grupo de niños y niñas, éstos logran abrirse y exponer sentimientos vinculados a la violencia sufrida. Y al parecer, resulta inevitable que lo que viven en los grupos sea generalizado al contexto inmediato. J. contó en el grupo de padres y madres un episodio con su hijo en el cuál éste presencié insultos y maltrato hacia su prima e inmediatamente la defendió, enfrentando a su tía con argumentos como: *“cómo es posible que la trates así, ¿no te das cuenta de cómo eso la hace sentir?, jeso duele mucho!”*

Este tipo de retroalimentación nos hace reflexionar sobre los siguientes puntos:

- Los niños y niñas que durante los procesos grupales logran conectarse con sus emociones y con el dolor que les provoca la violencia, no pueden luego ser indiferentes ante el maltrato hacia los demás.
- Logran no sólo conectarse con emociones propias, sino efectuar acciones de protección concretas hacia los otros.
- Estas acciones de defensa hacia otros que también sufren violencia se sostienen en la capacidad de empatía.
- La empatía es un recurso de vital importancia para minimizar y detener tanto los efectos de la violencia de otros como la propia violencia.
- Conectarse con el propio dolor ayuda a concebir a la violencia como algo no deseado. Ayuda a comprenderla como algo que nadie merece

Otro ejemplo de esta circularidad en los efectos de lo trabajado en los grupos de niños y en el grupo de padres y madres es el ejemplo que aporta E.:

“Ayer yo tenía prisa y quería que se metiera rápido a bañar. Le grité que ya estaba abierta el agua y que se diera prisa, de manera grosera. Mientras lo estaba bañando, y ya me había calmado un poco, me dijo -mamá, a ti no te gusta que mi papá te grite, verdad?-, le contesté que no, y me dijo -bueno, así como a ti no te gusta que mi papá te grite, a mí tampoco me gusta que tú me grites-. Me lo dijo tan claro... fue toda una lección, y me di cuenta de las tantísimas veces que lo he hecho sin darme cuenta”.

Habiendo podido conectar con lo que siente, el niño logró desarrollar mecanismos útiles para expresar lo que sentía y pedir a su madre que modificara su conducta hacia él, expresados sin enojo ni violencia, y desde sí mismo. El mecanismo no movió a su madre hacia la resistencia o el enojo, sino hacia la reflexión.

La madre, a su vez, trajo el tema al grupo de padre y madres, en el que recibió eco y confirmación, aportando al mismo tiempo una situación en la que otras madres del grupo se vieron reflejadas. También lo llevó al grupo de mujeres, en el que se vinculó con la cadena de violencia y la desventaja de poder que hace a las mujeres susceptibles de volverse agresoras de sus hijos.

Este tipo de efectos son altamente deseables. Tiene que ver con la circularidad y la construcción de círculos “virtuosos”, que disminuyan la violencia y desarrollen otros tipos de vínculos, pacíficos y de cuidado. Es sinérgico porque se conjuntan los esfuerzos de los diferentes grupos en la misma dirección, potencializando el esfuerzo que podría quedarse aislado.

Reconocimiento

Los hijos pueden aprender a modelar conductas que desean de sus padres. Dentro de la modalidad de trabajo de CAVIDA, los niños aprenden a detectar lo que les gusta y lo que no en los grupos de niños, e inevitablemente también, devuelven estos

aprendizajes a los padres, quienes a su vez pueden traerlos y trabajarlos en los grupos de hombres, de mujeres y de padres.

La mayoría de las veces, las concepciones de educación se enlazan a la idea de que es necesario mostrar a los hijos lo que hacen mal, y corregirlos. Esta suele transformarse en una modalidad única, que oscurece las cosas que los hijos hacen bien. Los padres y madres suelen regañar con muchísima frecuencia, sin apreciar las conductas deseables que los hijos realizan, confirmarlas ni alentarlas.

Durante una dinámica en el grupo de niños y niñas, se los alentó a detectar qué cosas no les gustan de sus padres, y qué cosas sí. Se les pidió luego que les dijeran a sus padres y madres las cosas que les gustan. Durante la dinámica, cada niño dibujó lo que les gusta de sus padres, y les entregó el dibujo. Como efecto recursivo, observamos luego en el grupo de padres que J. logró desculpabilizarse y moverse del lugar de “madre monstruo” en el que solía concebirse, sabiendo que hacía muchas cosas mal con su hijo y que lo violentaba psicológicamente. Luego de recibir el dibujo, reflexionó en que *“hay cosas que hago bien, y él lo sabe. La que no se da cuenta de que las hago soy yo.”* Describió esta reflexión como reconfortante y alentadora.

Luego de que los padres lo han vivido, es sencillo promover la importancia de que hagan esto mismo con sus hijos: iluminar lo que hacen bien, y no sólo mostrar lo que no les agrada.

Durante una sesión individual, P, 6 años, víctima de violencia física y emocional por parte de su madre, se desarrolló una dinámica en la que el niño tenía que dibujar en una silueta de sí mismo las cosas de él que le gustaban a su mamá. Dijo que no sabía cuáles eran. Llegó a la siguiente sesión radiante, y diciendo: *“le dije a mi mamá lo que hablamos aquí de qué me gusta de ella, y después le pregunté qué le gusta a ella de mí, ¡y me dijo!... fue lindo”*

Si pensamos en las dinámicas de violencia en las familias, un niño que se rebela, desafía o intenta responder con violencia al ser victimizado, se coloca en un lugar de

riesgo porque la violencia aumenta. Por el contrario, un niño que reconoce lo que le gusta y hace bien él y sus padres, y lo puede transmitir, modela y transmite un mensaje de reconocimiento y confirmación que es bien recibido y tiene un alto impacto en los padres y madres.

No podemos promover que les digan a los padres lo que están haciendo mal con ellos si los padres y madres no están en terapia y en condiciones de oírlo sin caer en escaladas de violencia, de alto riesgo para los niños. Pero sí podemos promover que sean los encargados de rescatar partes buenas de sus padres y madres y de sí mismos, para modelar formas pacíficas de vincularse y de desarrollar satisfacción y autoestima.

Dificultades para salir de las relaciones de violencia

Los padres y madres que trabajan en el grupo de parentalidad, suelen trabajar un tema central para las personas que viven en situaciones violentas que es el tema de la separación de tales relaciones. Si bien no es un tema estrictamente parental, la manera en que se concibe este tema suele afectar necesariamente a los hijos.

Las personas que viven violencia familiar, cuando acuden a servicios de psicoterapia, suelen estar confundidos sobre si deben o no separarse de tales relaciones. Aunque en nuestra experiencia podemos asegurar que la mayoría no quiere separarse, y su primera expectativa es ver si la terapia sirve para ese fin.

Los procesos de terapia que nosotros atestiguamos, en la combinación grupal, individual, de pareja, familiar, o de sectores de la familia (una madre y su hija, una pareja separada con su hija, un par de hermanos, etc.), nos ilustran que los procesos de conciencia sobre la responsabilidad de la violencia, sus efectos y las formas de parar o separarse de tales relaciones son largos. La violencia física suele ser una manifestación que se detiene más inmediatamente (de hecho es un requisito para estar trabajando en los grupos, y puede llevar de uno a tres meses en quienes realmente están trabajando; casi siempre hay “recaídas” posteriores); la violencia

emocional, económica, de clase, suele durar más tiempo en reconocerse y ser detenida (de uno a tres años).

Claridad personal, pero...

En estos procesos de conciencia, algunas personas llegan a la conclusión de que es necesario separarse físicamente para poder parar la violencia. Aun cuando esta decisión suele ser más o menos clara, en el proceso entre la claridad y la acción de separarse puede pasar todavía un largo tiempo (de uno a tres años).

El fenómeno de la “no separación, a pesar de la claridad personal de que es necesario” (no nos referimos a las “evaluaciones externas” de amigos, familiares o agentes sociales que opinan que cierta pareja “debería” separarse), siempre nos ha interesado por su complejidad, y en el trabajo que ahora desarrollamos, desde el punto de vista de la parentalidad, encontramos algunas motivaciones o razones importantes que se agregan a la explicación de este fenómeno.

Encontramos que algunas mujeres se quedan atrapadas en las relaciones violentas, es decir, si bien tienen algún grado de conciencia de que la relación es riesgosa, experimentan un alto grado de confusión sobre lo que deben hacer y sobre cuáles son sus prioridades, y se viven paralizadas sobre sus posibilidades de hacer algo. Entre las varias razones que contempla este fenómeno, aquí enumeramos las encontradas en este proceso.

Protección a los hijos

A veces se quedan para proteger a sus hijos, porque piensan que cuando los padres vean a sus hijos sin su presencia, éstos pueden abusar de ellos, de diversas formas. No es que siempre esté justificada esta explicación, pero parece importante deconstruir la idea, por un lado, y reflexionar socialmente sobre los mecanismos de evaluación y control públicos para que los niños puedan socializar con cualquiera de sus padres en condiciones de seguridad.

Impedimentos económicos

Sin duda las razones económicas siguen teniendo un gran peso para no separarse. No sólo en el caso de las economías familiares más precarias, en las que dividir un escaso ingreso en dos hogares lleva a bajar el nivel de vida de una familia ya carenciada; situación a la que hay que agregar que probablemente una mujer que hasta ese momento no había tenido un trabajo remunerado, tenga que buscar trabajo (algunas veces sin preparación ni experiencia) y también se vean los padres en la necesidad de encontrar estancia segura para sus hijos, que es una de las principales dificultades que los servicios públicos no alcanzan a proveer ni en universalidad, amplitud de horarios, accesibilidad económica ni seguridad.

Decíamos que no sólo nos referimos a estos casos de economías familiares precarias, sino también a los casos en que una familia ha tenido un buen nivel de vida (escuelas privadas, vacaciones, automóvil, diversiones costosas, clases particulares, por ejemplo) y que una mujer que pretende separarse sabe que será despojada de todas esas comodidades para quedar sin nada, o con muy poco, a veces para ella, a veces incluyendo a sus hijos. Y esta vivencia de pérdida económica tan brutal no es fácil de aceptarse, aun en condiciones de riesgo mayor. El trabajo terapéutico estará dirigido a trabajar el que empezar de cero es una condición más aceptable que el riesgo que se vive. Pero legalmente habrá que llenar estos vacíos en los que muchas mujeres pueden quedar en condiciones de gran desigualdad y precariedad frente a un divorcio.

Diferencias de poder social

Es probable que a estas diferencias económicas también se agreguen diferencias de poder social (influencias, amenazas, redes) que paralizan a una mujer para salir de un vínculo altamente riesgoso.

El mito de la carencia del padre

“Mi mamá me dijo que en cuanto el hombre deja de querer a la mujer, deja de querer a los hijos, y yo creo que es cierto... (F, mujer del grupo de parentalidad)”.

“No quitarle el padre a los hijos” es uno de los mandatos culturales más fuertes por los que las mujeres no quieren separarse de relaciones de violencia que ponen en riesgo su integridad física y emocional, de ellas y de sus hijos. Detrás de esta idea hay varias premisas culturales muy acendradas.

El mito de que el padre es una figura indispensable para el desarrollo emocional de los hijos, especialmente de los varones, porque los enseñan “a ser hombres”. O porque sólo los padres pueden ejercer la autoridad suficiente o necesaria para “portarse bien”.

Si bien la existencia y sana presencia de ambos padres puede ser altamente nutriente para un hijo, la palabra clave es justamente la “sana presencia”. Ya que si esta presencia es más dañina que sana, si es violenta, puede no ser una presencia deseable en la vida de ningún niño.

En cuanto a la identidad masculina de un hijo varón, hemos trabajado cómo la masculinidad no proviene necesariamente de un “padre que enseña a ser hombre”, sino de una complejidad genética y social, con la presencia o no de un padre. Por lo que más importante que “enseñar a ser hombre”, es importante que los adultos a cargo enseñen a los menores “a ser personas valiosas”, íntegras, respetuosas, trabajadoras, solidarias, o cualesquiera que sean los valores que los adultos a cargo privilegien.

En cuanto a la autoridad, esto es un problema también de la cultura patriarcal, pensar que la autoridad reside más en los padres que en las madres. Cuando escuchamos frases como “le voy a hablar a tu papá para que te ponga en tu lugar” o “cuando venga tu papá le voy a decir lo que hiciste”, trabajamos con las madres las implicaciones de la idea de que sólo el padre es autoridad. Cuando una madre amenaza con recurrir al padre para imponer autoridad, le está diciendo al niño que ella no es capaz, y éste es un mensaje que reproduce la cultura patriarcal de incapacidad y desigualdad de la mujer, por otro lado, si ella se vive como incapaz, ¿por qué habría alguien de respetarla? Es importante desarrollar en las mujeres su capacidad de autoridad

independientemente de la presencia o no de un hombre. Además, esta posición de carga de la autoridad en el padre, también lo empobrece en sus capacidades como sólo poseedor de autoridad, y lo limita en otras atribuciones como afectuoso, conversador, consentidor.

Por otra parte, en el caso de las madres que por diversas razones han llevado el trabajo de la parentalidad en su mayor parte solas, es posible que vivan esta historia como una historia de carencia, para ellas, pero con cargo a los hijos. Si bien la ausencia del padre por muerte, abandono, distancia necesaria por riesgo, decisión de no participar en la paternidad, migración o cualquier otra razón no deja de ser una huella en los hijos, esta ausencia puede construirse de distintas maneras y hacer de esa huella solo una huella o bien convertirla en dolorosa herida.

Como sabemos, entre un cuarto y un tercio de los hogares del país son encabezados por mujeres y conocemos muchas de esas historias como historias de mujeres que criaron a sus hijos con gran salud emocional. Nos parece importante trabajar con estas madres solas para no vivirse como carentes. Si existe una historia de abandono y el abandono abarca demasiadas explicaciones en la vida de las mujeres y los hijos, deja de mirarse la agencia personal de estos y se viven como víctimas, y quien se vive sólo como víctima, difícilmente puede moverse hacia otros desarrollos.

Una de las participantes en el grupo habla permanentemente enojada por el padre del hijo que se fue. Al mismo tiempo que se enoja y maltrata al hijo. “Vivirse abandonada” se vuelve una historia tan dominante y abarcativa que deja poco espacio para lo que ella ha hecho. Tenía una fuerte expectativa del padre que la defrauda y vive con una gran decepción que la devasta. Por eso también vive como error el embarazo. Le duele que el hijo no tenga padre, pero esto a veces se confunde en el dolor de que ella no tenga un papá para el hijo, y desde ahí se ha construido gran parte de la identidad de ambos.

Esta idea del abandono es en ocasiones muy fuerte y es necesario deconstruirla para distinguir entre decisiones personales, incapacidades, desencuentros, valía de quienes

se viven abandonados y una dimensión más acotada de este hecho que no puede ser una calificación totalizadora ni de quien se fue ni de quien se queda.

Por otro lado, cuando el padre es parte más cotidiana de la vida del hijo, no deja de ser un factor su ausencia. La ausencia “naturalizada” de los padres no debería reproducirse por parte de los sistemas de salud (y los escolares, laborales, etc.), ya que esto sobrecarga a las mamás. Nos interesa seguir incluyendo más a los hombres en la responsabilidad de la parentalidad, dejar de normalizar que el padre no intervenga, desafiar permanentemente esta premisa normalizada de ausencia del padre.

Dificultades en la crianza

Conflictos entre hermanos

Un tema recurrente a trabajar es el de los conflictos entre hermanos. Muchas veces los padres se cuestionan cómo puede ser que un hijo sea de cierta manera y otro completamente distinto cuando recibieron la misma educación. Ellos mismos y miembros de la familia extensa, o bien las mismas escuelas, hacen todo el tiempo comparaciones entre hermanos. En las comparaciones ambos hijos suelen sentirse incómodos, muchas veces pueden generar rabia y acrecentar los celos entre ellos, y por tanto la competencia y el conflicto. En los grupos hemos enfatizado el que comprendan que los hijos son diferentes y que es importante reconocer las particularidades y hacérselas notar.

Los pleitos entre hermanos es algo que irrita y preocupa mucho a los padres. Muchos expresan no saber qué hacer en esa situación. Hay varios casos en los que un hermano presenta conductas agresivas y abusivas con otro. Tanto madres como padres comentan que se sienten muy confundidos en esas situaciones, entre si deben interceder por alguno de los hermanos o no, ya que muchas veces se quedan con la sensación de ser injustos con uno u otro o con el no saber y comprender bien la causa del conflicto entre sus hijos.

En los grupos se ha tratado de abarcar el tema de la rivalidad entre hermanos como algo común, enfatizando que los celos y los conflictos pueden ser parte de la relación, pero si la forma de enfrentarlos o expresarlos es violenta y daña al otro, es importante que sea revisada y se limite. Conversando entre los coordinadores de los grupos llegamos a la conclusión de que es un tema que debería trabajarse de forma más amplia con talleres para orientar a los padres sobre cómo lidiar con esa rivalidad y promover relaciones más armónicas entre sus hijos.

Niños en situaciones especiales

Algunos padres manifestaron enfrentarse a situaciones particulares cuando su hijo ha sido diagnosticado con déficit de atención o hiperactividad, sin considerar el contexto más amplio en el que se está desarrollando emocionalmente ese niño. Nos queda claro como terapeutas que hay situaciones que requieren especial atención, pero también se nos ha hecho cada vez más evidente al trabajar con familias en situación de violencia que muchas veces los niños expresan sus emociones de forma agresiva, violenta o con falta de atención o concentración, y que es importantísimo al tratar esos casos poner atención a la situación familiar y quizá a trabajar con ella antes de etiquetar al niño o fijarlo en un rol, o exigirle un cambio que está más determinado por el contexto familiar que por su condición orgánica.

Dónde empieza la violencia

Muchas veces las madres tampoco pueden ver y hacerse cargo de la violencia que ejercen o que ha sido normalizada en la familia y por tanto les es difícil reconocer esas conductas del niño como respuesta a la situación de maltrato que viven o a ser testigos de violencia entre otros miembros de la familia, situación que puede ser igualmente dolorosa y difícil para un niño. J dice, por ejemplo que la hace sentir muy triste que su hijo se disculpe después de que ella lo ha maltratado y ese hecho la hace tomar conciencia.

Triangulación

Un fenómeno que se presenta en muchas de las familias que atendemos es el de la triangulación, que sucede cuando los hijos de una u otra forma son involucrados en el

conflicto entre los padres. Es una situación muy compleja para los niños, ya que llegan a sentirse entre la espada y la pared, creyendo que deben elegir entre uno u otro de sus padres, lo que tiene un costo muy alto y puede acompañarse de cierto sentimiento de culpabilidad por “traicionar” al otro padre.

Las intervenciones terapéuticas en este sentido han estado dirigidas a esclarecer la necesidad de separar a los hijos del problema de los padres, ya que se mezclan los problemas de la pareja con los hijos, pagan los hijos.

Así lo expresó una de las terapeutas durante una sesión: *“Destriangular es quitar un daño a los hijos, así como no les vamos a dar alcohol, no los ponemos en un lugar de adultos que los dañe... Cuando la pareja suele meter a los hijos en el conflicto, los padres se pelean y los hijos hacen algo para ‘llamar la atención’ sobre los afectos”*.

V lo ve como que su hija “se aprovecha” de que están peleados, J la confronta preguntándole por qué no le dice a su marido (que la niña está mintiendo), y V dice que se calla porque se siente atrapada, le teme a él, y teme que la hija la delate. Los demás opinan que es importante dejar a la niña en el lugar de niña y no como responsable de la incapacidad de la pareja para ponerse de acuerdo.

F. expresa que para ella es difícil ponerse de acuerdo si está en conflicto con el papá. En el grupo se hizo mucho hincapié en ver y nombrar los efectos de esta situación en los hijos, y ayudarles a ellos a expresarlo, para que ese fuera un buen motor para buscar salir de esa situación de atrapamiento.

Hablamos mucho de la importancia de separar nuestros conflictos de pareja de los hijos, pues había un caso en el que incluso una mujer se dirigía a sus hijos con frases tipo “tu papá nos puso el cuerno”.

Intervenciones clínicas clave

Con relación al uso de etiquetas, por parte de los padres, insistimos en la posibilidad de que los padres contacten con otras partes de sus hijos no reconocidas o validadas por ellos. M reflexionó sobre la etiqueta que había puesto a su hijo y la forma en la que esa etiqueta condicionaba su comportamiento y afectaba la relación. Reconoció sentirse triste por referirse siempre a su hijo como “huevo” y después de ponerse en sus zapatos e imaginar lo que estar encajonado en ese lugar representa, hizo un gran esfuerzo para dejar de decirle así, y este pequeño cambio fue reconocido por su hijo, quien asistió al grupo de adolescentes y compartió que se había dado cuenta de que su madre estaba haciendo ese esfuerzo y que eso era algo que él valoraba mucho.

La intención es buscar eventos excepcionales que puedan cuestionar esa idea o identidad que como padres han construido y devuelto a los hijos. Incluir otras formas de ser y reconocerlas e iluminarlas para que puedan ambos (padres e hijos) salir de esas situaciones atrapantes y abrir posibilidades de comportarse y de ser de otra forma.

Cambiando las reacciones, modelar

Hemos trabajado mucho con el objetivo de que los padres puedan auto-observarse a la hora de reaccionar, buscando cada quien herramientas que les sean útiles para frenar la violencia y para reconocer qué es lo que hacen cuando ciertas situaciones suceden, como una forma de hacerse responsables, ya que muchos de ellos suelen responsabilizar a los hijos de la forma violenta en la que responden.

Surgieron las reflexiones y el peso de lo que modelan como padres a los hijos. La posibilidad de reaccionar cuando algo parece injusto o si alguien los molesta o los ataca. La respuesta puede ser violenta, pero también puede no serlo y los padres llegaron a la conclusión de que si ellos buscan otras opciones para reaccionar de otro modo, se abren opciones para que los hijos lo hagan también diferente. Se reiteró constantemente la importancia de modelar a los hijos, incluso nuestras dificultades y modo de resolverlas maduramente.

¿La violencia nos gusta?

Una intervención que fue muy importante y de peso a lo largo de todo el proceso terapéutico fue la de deconstruir la idea de que la violencia “seduce”. J. argumentó varias veces que eso a ella le pasaba y notamos que esa idea la atrapaba, la limitaba y sobre todo la hacía sentir culpable. Deconstruyendo esa idea y buscando más recursos para poder ampliarla, llegamos a la conclusión de que era producto de un trabajo terapéutico individual en el que ella había construido su identidad de madre “monstruo”. Con apoyo de la terapia narrativa, y a lo largo de varias sesiones, ampliamos la visión, revisando y reflexionando la enorme influencia de la sociedad que transmite una idea seductora del poder y su ejercicio, sustentando actitudes de sometimiento de otros para sentirse poderosos, y esta idea puede ser atractiva. Entonces, no es la violencia la que es atractiva sino las ideas de poder que se vinculan a ella. Ella y otros miembros del grupo reportaron que las intervenciones fueron realmente útiles, ya que poder ver la violencia como algo atrapante en lugar de seductor abrió otras perspectivas y los liberaba de cierta culpa. Además, la identidad de madre monstruo, de la misma forma que el trabajo con las etiquetas, ha ido perdiendo cierto peso al poder iluminar otras partes de su ser madre que incluyen y abren opciones para ella y su hijo.

A raíz de este caso en particular llegamos a la conclusión de que en el trabajo con violencia lo intrapsíquico solo no ayuda, es importante poder trabajar a nivel de las premisas culturales para romper los discursos atrapantes.

Una regla para todos y señalar las diferencias

Ante los dilemas de los padres de tratar de forma diferente y quizá injusta a uno de los hijos que aparece como más “abusivo”, o alguna otra conducta, trabajamos con los padres explorando la posibilidad de generalizar y ampliar reglas de la familia o de la casa para todos, como “no golpes”, “no insultos” (incluidos nosotros) y no como regla para un solo niño, basándonos en la idea de que las acciones son las que se limitan y no la forma de ser o de sentir de un niño en particular.

Muchos padres hablan sobre las diferencias de los hijos y de los roles que desempeñan según su edad. En esta misma búsqueda de abrir y ampliar visiones nos pareció importante reforzar los privilegios que puede tener ocupar uno u otro rol (mayor, menor) y no sólo las pérdidas.

Cuándo ser más directivos

En ciertas ocasiones o ciertos casos en particular fue necesario usar ejemplos concretos para los padres, siendo como terapeutas más directivos, ya que no funcionaba el buscar que los padres se pusieran en el lugar de sus hijos o reflexionaran ante una pregunta que invitara a eso. En situaciones en las que los hijos están en riesgo o en las que los padres no se hacen responsables o no se dan cuenta de los efectos que ciertas conductas pueden tener en el vínculo, tuvimos que recurrir a intervenciones más directas y puntuales del tipo “cuando tú haces eso, tu hijo se siente abrumado y lo lastimas”.

¿Los niños manipulan?

Es una idea común que los padres expliquen su impotencia en ciertas situaciones de crianza a partir de describir a los niños como manipuladores. En este sentido las intervenciones apuntaron a explicar a los padres que muchas veces los hijos expresan lo que sus deseos sin el criterio de prever los riesgos, quieren cumplirlos pero ellos no tienen el criterio de prever las consecuencias de sus actos si estos se llevan a cabo y por ello insisten o tratan de encontrar un modo en que se lleven a cabo, esto refuerza la idea de que actúan para manipular a los padres, cuando muchas veces es la forma que encuentran de llamar su atención o pedir lo que necesitan. Es responsabilidad de los padres prever los efectos riesgosos de esos actos, buscando lo que puede haber detrás de esa expresión. Así son los niños y es importante tenerlo en cuenta antes de explotar, pensando que lo que sucede es una forma de agresión hacia los padres. Si miramos a los niños como manipuladores, nuestras respuestas serán agresivas, si los miramos como niños que quieren cumplir sus deseos, entonces ponemos límites, prevemos riesgos y actuamos en consecuencia, pero quitando la mirada negativa o contra nosotros de sus deseos.

Miedos personales

Los padres hablaron mucho y de forma recurrente de los miedos e inseguridades y de la forma en la que muchas veces se depositan en los hijos miedos personales. Como terapeutas hicimos muchas intervenciones que apuntaban a que pudieran separar su historia personal y buscar opciones para reparar los efectos y daños de las situaciones vividas en el proceso al buscar otras formas de relacionarse con sus propios hijos o de superar esos miedos.

Puntos de inflexión en la reflexión, cambios reportados, relatados y observados

Responsabilidad

Uno de los primeros puntos que se trabaja en el tema de violencia y en la parentalidad es el de la responsabilidad. La situación confusa y dolorosa de la violencia hace que se pierda el sentido de responsabilidad, de quién es responsable de qué. Y si bien los padres tienden a sentirse culpables, esto no necesariamente deriva en responsabilidad. La culpabilidad deriva más en actos compensatorios no conscientes y tampoco efectivos. La responsabilidad es producto de un proceso reflexivo y consciente que lleva a actos de toma de responsabilidad, de deslinde de responsabilidades y a actos de reparación.

M siempre está pidiendo que los maestros, que los otros hagan algo por sus hijos. Niega que sus hijos hagan actos negativos, en general sus explicaciones recaen en la culpa de los otros amigos, de los maestros. Empezamos a trabajar tema de la responsabilidad, hacerse responsable de los actos propios, de las propias decisiones, de la propia violencia, la de los hijos, de qué se genera en el vínculo con el hijo que hace que éste pueda actuar agresivamente fuera del ámbito familiar. La responsabilidad es definitivamente el primer paso de conciencia.

Muchos de los problemas que los padres tienen con los hijos cotidianamente, gracias a hablarlos en el grupo, empiezan a dejar de ser un hábito de crianza. Así lo manifiestan varios testimonios como R, que dice que antes castigaba a los niños por cualquier cosa y ahora piensa en qué le pasa cuando quiere hacerlo y viene y lo habla en el grupo y no actúa sobre o en contra de ellos.

Al final de una sesión se le preguntó a P por qué había permanecido tan callada cuando se le observaba contrariada y contenida, a lo que ella contestó que prefería no hablar porque estaba tan enojada que lo que en realidad deseaba era insultar a todos. Otro miembro del grupo la invitó a que compartiera lo que le estaba pasando, incluso a decir los insultos, entonces ella estalló en una fuerte catarsis en la que gritó, insultó y dijo cuán desesperada y cansada se sentía, y cuán enojada estaba con el hijo, con los terapeutas y con el grupo. Al terminar la catarsis, se le regresó lo positivo que era que hubiera aguantado el impulso de gritarle esto a su hijo, venir al grupo y decirlo en este espacio en el que no dañaba a nadie. Incluso que era un buen ejemplo de qué hacer cuando uno está desesperado y puede postergar hasta hacerlo en un lugar seguro sin causar daño a otros. Esto es otra forma de ser responsable. Esta situación ilustra el fenómeno transferencial que es una vía regia para trabajar la violencia, ya que al traerla al grupo y enojarse con el sistema terapéutico, se inicia *in situ* un proceso de sanación. Una semana después de esta gran catarsis contenida esta mujer se pudo mover de lugar e incluso había iniciado una relación de pareja, la primera después de muchos años del abandono del padre de su hijo.

Lo que es general y me ayuda en lo particular

Los integrantes del grupo de parentalidad también empiezan a generalizar los problemas, a hacer espejo en lo que a otros les pasa y se dan cuenta que muchas de las cosas que hacen los hijos no son “contra” ellos. Les sirve entender que no lo hacen a propósito, mirar esto ayuda a no creer que tienen que “luchar contra” los hijos.

Generalizar ayuda a ver que todos tienen problemas semejantes, por tanto son los problemas comunes de la crianza: lavarse los dientes, levantarse, hacer la tarea, etc.

También les ayuda a cambiar su visión cuando empiezan a recordar cómo eran de niños y que hacían cosas parecidas a las que ahora hacen sus hijos.

De objetos a sujetos del cambio

Otro cambio importante es cuando cambia del discurso de víctimas (fui objeto) al discurso de las elecciones, de la agencia personal (ser sujetos). Como por ejemplo haber tenido un padre violento y elegir y trabajar para no repetirlo.

Una de las participantes narra un suceso excepcional (dentro de la Terapia Narrativa, aquellos eventos que contradicen la historia dominante, la historia oficial, la historia predominantemente saturada del problema), diferente al de su maltrato más habitual. El hijo le enseña un trabajo manual y se da cuenta que está a punto de descalificarlo y se frena, elige hacer algo diferente y después de una reflexión, comenta algún punto del trabajo que le parece bueno.

Distinguiendo la tristeza del enojo

Varios participantes que en el inicio narran situaciones de enojo, ya sea personales o de los hijos, con el tiempo van contactando con la tristeza, entonces, recursivamente, son los hijos los que se muestran más tristes que enojados, o ellos mismos, y esto así eslabonado entre unos y otros lleva a la conclusión que este paso del enojo a la tristeza es muestra de un trabajo que los ha llevado a conectarse más con lo que les pasa antes de reaccionar con enojo. L descubre que está triste y no enojada con la muerte de la madre. Y estos procesos se reflejan en los procesos de los hijos. Procesos recursivos de cambio, que va y viene. O cuando el hijo de E le dice *“a ti no te gusta que te grite mi papá”*.

Otro ejemplo de estos procesos recursivos, también transgeneracionales (recursivo en el sentido de que su acción afecta a otro y esa afectación regresa al que originalmente afectó; transgeneracional es entonces la afectación de una generación a otra, que incluye no sólo los padres a los hijos sino los hijos o los nietos a los padres o abuelos) una madre dice que ella nunca sabía por qué estaba enojada su mamá, y eso era

desesperante y reflexiona en que quiere explicarle a su hijo exactamente de qué está enojada.

Trabajando por el cambio, ¿pero cuánto?

Una de las madres se angustia porque ha entendido cosas pero se da cuenta de cuán difícil es cambiarlas y se desespera. Una terapeuta la invita a valorar el paso de “darse cuenta” como un primer y fundamental paso que hace toda una diferencia. Otra compañera le dice cómo sobrepasó ella esa desesperación, parecida, dándose cuenta que el proceso tiene subidas y bajadas, dice esta mamá *“El ideal está ahí, aunque me vuelva a pasar, voy a seguir”*.

La terapeuta le explica que ese en sí mismo es ya un modelo, lo que se va siendo día a día, no tener que ser una “madre ideal”, porque no existen y porque entonces la meta se ve inalcanzable y abrumba la frustración. Parte de lo que se modela a los hijos es el esfuerzo continuo, el reconocimiento del error, la reparación del daño, el reconocimiento del avance, y no la “perfección”.

Otra distinción importante que se descubre es reconocer que a los hijos se les han puesto cargas que no son de ellos (son la de sus propios padres, parejas, padres de los niños, etc.), y parte del trabajo es quitarles las cargas que no les corresponden.

Finalmente, padres que se sienten culpables y “fracasos” como padres, les cuesta el tema de separación-individuación de los hijos para no vivirlo como abandono (de parte de los padres o de parte de los hijos), y pueden caer en maniobras confusas para “no dejarlos ir”. Se desarrolla este tema, se subraya, por ejemplo, que en la adolescencia los hijos necesitan saber que pueden alejarse y poder regresar, y algunos padres dicen que eso les sirvió para no ver como despedida (fracaso), los alejamientos de los hijos, sino como parte de un proceso de autonomía.

Conclusiones

Las familias que viven violencia y que recurren a CAVIDA para ser atendidas, llegan como si fueran las piezas de un rompecabezas. En nuestro trabajo terapéutico vamos intentando rearmar el rompecabezas de la génesis de la violencia y la posibilidad de cambio, a través de las diferentes intervenciones y modalidades terapéuticas que hemos descrito.

CAVIDA sugiere por qué parte del rompecabezas empezar a trabajar, seleccionando la ventana de oportunidad que parece más efectiva.

Una de las implicaciones más riesgosas de la violencia familiar es su repetición intra y transgeneracional.

Lo que hemos aprendido con este trabajo es que la ventana de oportunidad del trabajo con la construcción de la parentalidad nos permitió dar un salto cualitativo en la estrategia del armado del rompecabezas. Mirar desde la parentalidad permite hacer nuevas integraciones. El trabajo personal en este caso está necesariamente referido a los otros y es la principal materia de trabajo, por lo que el tema de responsabilidad es incuestionable, así como la dialéctica entre lo individual y lo relacional.

Finalmente hay diferentes formas y momentos para el cambio en la problemática de la violencia y esperamos seguir encontrando y construyendo nuevos caminos.